

Partidos políticos venezolanos: ideas para su reinvencción

Roberto Casanova

Junio de 2012



ildis
Instituto
Latinoamericano
de Investigaciones
Sociales

Partidos políticos venezolanos: ideas para su reinención

Roberto Casanova

Caracas, Junio de 2012

Los análisis y conclusiones contenidos en el presente documento son de la exclusiva responsabilidad del autor y en nada comprometen al Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (ILDIS), como organización que coordinó su elaboración y promovió su debate público.

Instituto Latinoamericano de
Investigaciones Sociales (ILDIS)
Oficina en Venezuela de la
Fundación Friedrich Ebert

Av. San Juan Bosco, cruce
con 2da Transversal de
Altamira, Edif. San Juan, Piso 4,
Oficina 4-B.
Caracas, Venezuela.
Teléf.: (0212)2632044 / 2634080
www.ildis.org.ve

Director del ILDIS y
Representante de la
Fundación Friedrich Ebert en Venezuela
Heinrich Sassenfeld

Coordinador Institucional del documento
Flavio Carucci T.
Director de Proyectos del ILDIS

Asistente:
Verónica Fortunato Rodríguez
Asistente de Proyectos del ILDIS

Autor: Roberto Casanova

La impresión y reproducción total o parcial de este documento es permitida,
siempre y cuando se mencione el nombre de su autor y de la institución que
coordinó su elaboración.

Índice

Introducción: Un marco conceptual	1
Tres generaciones de partidos políticos en Venezuela	3
Comentarios introductorios	3
La primera generación (años 30 y 40)	4
La segunda generación (años 60 y 70)	6
La tercera generación (años 80, 90 e inicios del siglo XXI)	9
Los partidos hoy: Entre la innovación y la resistencia	13
En búsqueda de visión	14
De encuestas y “focus groups”	14
¿Sociedad civil versus partidos políticos?	15
Clientelismo y partidos	16
Archipiélago político	17
Organización y personalismo	18
Siete principios para reinventar los partidos venezolanos	19
El principio estratégico	20
El principio deliberativo	21
El principio pedagógico	21
El principio de responsabilidad	22
El principio de delimitación	22
El principio federativo	23
El principio democrático	24
Conclusión: ¿Una cuarta generación de partidos?	25
Bibliografía	27

Introducción: Un marco conceptual

Si los partidos han de ser reinventados, resulta imprescindible comprender su evolución histórica, su situación actual y sus tendencias. Con base en tal conocimiento podrían identificarse algunos principios útiles para orientar su proceso de transformación. El presente documento, pretende aportar algunas ideas en todos esos planos -histórico, evaluativo, normativo- al debate en torno a los partidos.

Para esa tarea es necesario, para comenzar, esbozar un sencillo marco conceptual. Uno que permita entender a los partidos como parte de varios sistemas y, al mismo tiempo, como totalidades organizativas. Ambas perspectivas son fundamentales aunque, en la reflexión sobre el tema, se haya privilegiado la primera de ellas. Se propone que cada una de las dimensiones de un partido (se asumirán seis a los efectos de este análisis) se describa como poseedora de dos "caras": una cara "externa" (que asume al partido como parte de un sistema) y una cara "interna" (que lo considera una totalidad organizativa). Es lo que el gráfico siguiente intenta representar.

GRÁFICO NO. 1

SEIS DIMENSIONES DE LOS PARTIDOS



Estas seis dimensiones de un partido (y algunos de los temas que serán objeto de atención en cada una de ellas) son:

- *Procesos organizativos*. Se incluyen aquí asuntos relativos al liderazgo interno, a los incentivos para la militancia y a procesos decisorios clave (en materia de finanzas, distribución de cargos, etc.). También se alude a la estrategia de crecimiento de los

partidos (por penetración desde un centro hacia el resto del país o por difusión desde varios lugares hacia el nivel nacional, por ejemplo).

- *Programas políticos.* Describe a los partidos como generadores de visiones de la sociedad, de programas de gobierno y de políticas públicas. Se plantea la existencia o no de debate alrededor de tales asuntos, así como el carácter pedagógico de los partidos y la formación de sus cuadros.
- *Procesos electorales.* Considera la selección de candidatos y los procesos orientados a participar en elecciones (que, en el caso extremo, hacen de un partido una "maquinaria" electoral). Se incluye también aquí, la identificación de las bases sociales (y "líneas de fractura") a las que la organización aspira a convocar.
- *Grupos de interés.* Destaca las relaciones del partido con organizaciones civiles, empresas, sindicatos, gremios, medios de comunicación y otros grupos de interés. La penetración de los partidos en esas organizaciones y la de éstas en los partidos es un tema esencial.
- *El Estado y los partidos.* Asume a los partidos como proveedores de programas y de recursos humanos hacia las estructuras del Estado. Considera también las relaciones entre los partidos, el Estado de Bienestar y el rentismo petrolero. Se subraya además la existencia de una dinámica de poder extrainstitucional en la que los partidos son sólo uno de los actores involucrados.
- *Otros partidos.* Describe las relaciones de cooperación y/o de conflicto entre los partidos. Destaca la importancia de la moderación para hacer posible un "centro" político que permita la convivencia pacífica.

Este marco conceptual (que no es una teoría, como podrá apreciarse) debe, además, articular una visión diacrónica (histórica, a lo largo del tiempo) del partido con una visión sincrónica (en un mismo momento). La visión diacrónica, cabe acentuar, otorga especial relevancia al origen de las organizaciones políticas pues, de acuerdo con destacados autores, ese momento primigenio es imprescindible para comprender adecuadamente su posterior evolución.

El documento se organiza en tres partes que siguen la secuencia temporal de pasado, presente y futuro. La primera aborda la historia de los partidos durante el siglo XX venezolano. Se plantea allí la existencia de tres generaciones de partidos. A pesar de sus numerosas diferencias, distintos partidos exhiben similitudes que se derivan del contexto en que el que se han desenvuelto y que permiten agruparlos en las mencionadas tres

generaciones. La segunda parte se dedica a identificar un conjunto de dificultades y de retos que hoy afrontan los partidos. La tercera y última parte, ofrece un conjunto de ideas y propuestas en torno a la reinención que los partidos deberán experimentar si han de mantener un papel relevante en la democracia venezolana. El documento concluye con algunas interrogantes relativas al porvenir de los partidos.

Tres generaciones de partidos políticos en Venezuela

Comentarios introductorios

Tiene sentido hablar de generaciones en materia de partidos si se logran identificar diferentes épocas en el sistema de partidos y, en cada una de ellas, se presencia el nacimiento de varias organizaciones políticas. Ese parece ser el caso de la democracia venezolana. A lo largo del siglo XX pueden distinguirse tres momentos en el sistema de partidos: uno de institucionalización originaria, otro de madurez institucional y, finalmente, uno de des-institucionalización. El primer período transcurre entre los años 30 y 40. El segundo se ubica entre los 60 hasta mediados de los 80. El último va de mediados de los 80 hasta el presente. En cada uno de estos períodos nacen diferentes grupos de partidos que, por tanto, se vieron sometidos a distintos retos adaptativos. Ello quedó reflejado en sus características organizacionales y es lo que permite describir su historia en términos generacionales. El siguiente cuadro sintetiza este planteamiento.

TABLA N°. 1

TRES GENERACIONES DE PARTIDOS POLÍTICOS

1ª GENERACIÓN	2ª GENERACIÓN	3ª GENERACIÓN
Institucionalidad naciente (30 y 40)	Consolidación institucional (60 y 70)	Crisis institucional (80, 90 hasta hoy)
Sistema de partido dominante	Sistema bipartidista	De sistema pluralista moderado a polarizado
<ul style="list-style-type: none"> - AD - COPEI - URD - PCV 	<ul style="list-style-type: none"> - MIR - FDP - FND - CCN - MAS - MEP 	<ul style="list-style-type: none"> - Causa R - Convergencia - PV - UNT - PJ - PPT - Podemos - Voluntad Popular

A la primera generación de partidos le correspondió enfrentar a la autocracia y comenzar la construcción de una institucionalidad democrática. Dentro de esa generación, Acción Democrática (AD) se convirtió en el partido dominante. Su actuación introdujo cambios fundamentales (universalización del derecho al voto y elecciones de primer grado del Presidente) pero sus excesos hegemónicos precipitaron el golpe militar que interrumpió el proceso democratizador. La segunda generación nació en un contexto institucionalmente estable, dominado por dos de los partidos de la primera generación (AD y COPEI). La tercera emergió en una época de creciente crisis política y de importantes cambios institucionales (como la elección de alcaldes y gobernadores). Esta generación supuso la aparición de centenares de partidos de los cuales sólo una fracción ha sobrevivido. En cualquier caso, el bipartidismo fue sustituido por un sistema pluralista que tendió a polarizarse. ¿Qué vendrá ahora? ¿Se avanzará hacia una etapa de re-institucionalización del sistema de partidos? ¿A quién le corresponderá tal tarea? ¿A una cuarta generación de partidos? ¿A los actuales partidos pero renovados? ¿Se evidenciará, por el contrario, la declinación definitiva de los partidos y su sustitución por otras formas de participación política? Estas son algunas de las interrogantes que deberán abordarse.

La primera generación (años 30 y 40)

Las organizaciones que comienzan a dar forma a un sistema de partidos en Venezuela fueron, fundamentalmente, cuatro: "Acción Democrática" (AD), "Comité de Organización Política Electoral Independiente" (COPEI), el "Partido Comunista de Venezuela" (PCV) y "Unión Republicana Democrática" (URD). Aunque varios de ellos tienen sus antecedentes en los años 30 y el PCV fue fundado en 1931, realmente nacen como partidos en los años 40, cuando la apertura política del régimen del General Isaías Medina Angarita (1941-1945) lo permite. Son inicialmente organizaciones opositoras pero su vocación de poder los conduce, en poco tiempo, a cooperar con el gobierno (en el caso del PCV) o a sumarse a un golpe de Estado (AD y su revolución de octubre de 1945).

Todos ellos contaban con una ideología relativamente definida. Sus fundadores conformaban, en grado apreciable, comunidades de doctrinas políticas. AD promovía la democracia, el nacionalismo, la participación popular, el desarrollo industrial, la reforma agraria, una activa política social en educación y salud y un Estado interventor. COPEI, por su parte, inspirado en la democracia cristiana, hacía énfasis en las libertades políticas y económicas, la justicia social, la educación privada, la religión católica, la familia. El PCV, basado en una interpretación marxista de la historia del país, aspiraba a una revolución socialista (aunque, en la práctica, su estrategia estuviese subordinada a las líneas dictadas desde la

Unión Soviética). URD, finalmente, era un partido liberal en lo político y de centro izquierda en lo socio-económico. Estos diferentes puntos de vista nutrían un intenso debate público, limitado durante décadas por los regímenes autocráticos. El estudio y la reflexión acerca de los grandes temas nacionales era una constante preocupación en algunos de los principales dirigentes políticos. Existía un genuino esfuerzo de diagnóstico, de identificación de problemas e intereses y de articulación política.

En la competencia por el electorado, sobre todo a partir de la universalización del derecho al voto (1947), todos estos partidos intentarían convertirse en organizaciones de masas. En el caso de AD y URD se pretendía convocar a la diversidad de sectores nacionales bajo una perspectiva "poli-clasista". Algo en lo que AD tuvo notable éxito. COPEI, por su parte, no pudo, al menos en estos primeros años, pasar de ser un partido asociado a la élite del país, aunque con alguna presencia popular en algunos estados (sobre todo andinos). El PCV, fiel a su orientación doctrinaria, aspiraría a convertirse en el instrumento político de las clases "oprimidas", es decir, obreros y campesinos. Desde la perspectiva de los clivajes sociales, apostaba pues a la lucha de clases (muchos de los sectores populares, sin embargo, serían atraídos por el discurso populista de AD). A pesar de sus diferencias en muchos temas, los cuatro partidos en cuestión mantenían posiciones nacionalistas y antioligárquicas (y, más precisamente, antigomecistas).

Estos partidos nacieron en la capital y, desde allí, intentaron seguir una estrategia de penetración hacia el resto del país. Promovieron, además, la creación de diversas organizaciones civiles, gremios y sindicatos. Disponían de instancias centrales –con cierta representación sectorial y regional – en las cuales se tomaban las decisiones que irradiaban luego hacia el resto del partido. (Es el conocido esquema de centralismo democrático, paradigma organizativo dominante para la época y asociado a la figura de Lenin, uno de sus creadores).

Cada partido contaba con una constelación de figuras que gozaban de gran prestigio pero que no ejercían un liderazgo de naturaleza mesiánica. De hecho, la despersonalización de la política, como una manera de diferenciarse de la vieja cultura caudillista, era un tema relevante en esta etapa (eventualmente, sin embargo, en los distintos grupos dirigentes se concentrarían responsabilidades, contactos, recursos, de tal forma que se convertirían en "oligarquías" al interior de cada partido).

La primera experiencia de ocupación masiva de la estructura del Estado por parte de un partido ocurre con AD y su "revolución" de 1945. El crecimiento de la burocracia –muchas veces con personas sin experiencia

ni calificadas- es importante en esos años. A pesar de los grandes avances del llamado “trienio” adeco –un estatuto electoral que universalizaba el derecho al voto, una nueva Constitución, amplias políticas educativas y sanitarias, etc.- el estilo sectario de su administración le generó rechazos por parte de diversos sectores sociales, económicos y políticos.

Las relaciones entre los partidos de esta generación fueron complejas. Existía desconfianza entre ellos. COPEI y PCV, por ejemplo, se colocaban en posiciones doctrinarias antagónicas. Todos veían con recelo a AD, por su capacidad de convocatoria popular y su sectarismo. A pesar de ello, todos compartían –incluso el PCV, en estos años- una visión democrática del sistema político. Rechazaban el autoritarismo y, de hecho, apoyaron, con mayor o menor intensidad, los intentos modernizadores del Presidente Medina y un acuerdo hacia la transición democrática. Como es sabido, tal acuerdo se desvaneció debido a la infortunada enfermedad de Diógenes Escalante y un golpe de Estado promovido por un sector de jóvenes militares y por AD conllevó el surgimiento de un sistema de partido dominante. La tendencia hegemónica de ese partido empeoró aún más las relaciones entre los actores políticos y varios de éstos recibieron con complacencia el golpe de Estado que, en 1948, desalojó a AD del gobierno. Éste nuevo golpe de Estado, sin embargo, lejos de reabrir el juego democrático, condujo a una dictadura militar. AD y PCV pasaron entonces a la clandestinidad mientras COPEI y URD continuaron haciendo vida legal, aunque bajo la persistente presión por parte del régimen gobernante. Esta experiencia habría de marcar a los partidos de esta primera generación y los impulsaría a la cooperación. Así, a mediados de los 50, en la resistencia frente a la dictadura, le dan forma a lo que denominaron la Junta Patriótica. En circunstancias tan difíciles surge pues una actitud favorable al entendimiento, a la negociación, al acuerdo -una actitud más política, en breve- entre los dirigentes partidistas.

La segunda generación (años 60 y 70)

La caída de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez en 1958 fue, en parte, producto de la disposición a cooperar de los cuatro partidos de la primera generación. Dicha disposición se mantuvo ante la posibilidad cierta del retorno de sectores militaristas recién desalojados del poder. El llamado Pacto de Punto Fijo, suscrito entre AD, COPEI y URD, refleja ese espíritu unitario y ese cálculo político. Cabe destacar, sin embargo, que el PCV no formó parte de dicho pacto. Aún hoy se discute si esa exclusión condujo a la radicalización de ese partido (y por tanto fue un error no sumarlo al acuerdo) o si, por el contrario, esta radicalización era previsible (y lo equivocado habría sido incorporarlo). Cualquiera fuese el caso, lo cierto es que el extremismo tanto de derecha como de izquierda -con sus respectivos apoyos internacionales, sobre todo de Cuba, en el caso de la

izquierda insurgente- mantuvo en zozobra a la naciente democracia y exigió la cooperación entre los partidos dispuestos a hacer vida dentro de ella. Los partidos de la primera generación se pusieron pues de acuerdo, durante algún tiempo, sobre cómo mantener y distribuir el poder. Dieron forma así a un centro político, base de la institucionalización del sistema de partidos y de la democracia.

Tales partidos se esforzaron en cumplir sus funciones como articuladores de intereses y como intermediarios entre la sociedad y el Estado. Pronto asumieron una estrategia de amplia y profunda penetración social, comenzando un proceso de partidización de la burocracia y retomando la creación de organizaciones civiles, de sindicatos y de gremios, iniciada en la década de los 40. (Al respecto, no es exagerado afirmar que, en el caso venezolano, la sociedad civil fue, inicialmente, una creatura de los partidos políticos). Las relaciones clientelares se esparcieron por todo el cuerpo social. Poderosos intereses de la economía y de la política le dieron forma a un entramado de relaciones –y de complicidades, en muchos casos– que, lenta pero inexorablemente, hizo que el centro de muchas decisiones se ubicase en espacios extra-institucionales.

Es importante destacar que los partidos de la primera generación compartían una visión general del país, basada en la modernización nacional, el uso del petróleo como “palanca” del desarrollo, la industrialización sustitutiva, la inclusión social y la democratización política. Pero también es cierto que el ejercicio del gobierno hizo que varios de ellos –especialmente AD y COPEI– se hiciesen cada vez más pragmáticos. Y a pesar de que internamente se mantuviesen espacios organizativos para el diseño de políticas públicas así como para la formación de sus cuadros, tales partidos se transformaron, gradualmente, en partidos electoralistas. Eventualmente se convertirían en auténticas “maquinarias” electorales. Por otra parte, en estos años se agudizó el centralismo que ya estaba presente en sus orígenes como organizaciones y se consolidaron “oligarquías” dentro de cada una de ellas. Este último explica, en parte, las divisiones que algunos de estos partidos de la primera generación experimentaron en esa época.

En este contexto de creciente institucionalización del sistema de partidos nacieron varias organizaciones políticas. Algunas de ellas se articularon alrededor de alguna figura prestigiosa. Es el caso del “Frente Nacional Democrático” (FND), organizado en torno a Arturo Uslar Pietri; del “Frente Democrático Popular” (FDP), con Wolfgang Larrazábal como personaje central; de la “Cruzada Cívica Nacionalista” (CCN), movimiento de apoyo a Pérez Jiménez. Sus críticas al sistema eran diversas y se asociaban a temas como la necesidad de orden, la capacidad de gobierno o la honestidad de los funcionarios públicos. Fueron movimientos

electoralistas que no llegaron a sedimentarse como partidos. Intentaron, sin éxito alguno, competir con los grandes partidos de la primera generación, en funciones de gobierno en ese momento.

Pero existían también planteamientos más radicales desde la izquierda, asociados a la revolución cubana. Es el caso del “Movimiento de Izquierda Revolucionario” (MIR), producto de una división de AD, en 1960. El MIR se organizó de acuerdo a los requerimientos políticos y militares de la rebelión que había decidido adelantar¹. Esto es, una organización de cuadros, altamente jerárquica y centralizada, cuyos recursos provenían del apoyo internacional y de actos delincuenciales (justificados, desde luego, como actos de “justicia revolucionaria”). El des-alineamiento del MIR y de otras organizaciones radicales similares con respecto a la mayoría del país, dispuesta a transitar la senda democrática, fue casi total. Eventualmente se acogerían a la política de pacificación promovida desde el gobierno y se insertarían en el sistema institucional de partidos. Su capacidad de convocatoria fue siempre muy limitada y, finalmente, desaparecerían o se fusionarían con otras organizaciones.

Los casos más interesantes y emblemáticos de la segunda generación de partidos venezolanos fueron los del “Movimiento Electoral del Pueblo” (MEP), surgido de una nueva división de AD, y del “Movimiento al Socialismo” (MAS), producto de una división del PCV. El MAS, en particular, logró articular a diversos sectores –especialmente en el mundo universitario y en el ámbito intelectual– que aspiraban a la transformación socialista, en democracia, de la sociedad venezolana. Rompió, en tal sentido, con la ortodoxia comunista y con el radicalismo de izquierda. El debate interno que condujo a ese proceso fue intenso y fructífero. El MEP, por su parte, se apoyó, principalmente, en las bases sindicales que abandonaron a AD. Dichas bases, sin embargo, habrían de retornar a ese partido, impidiendo que el MEP pudiese evolucionar hacia un partido de masas y reduciéndolo a un partido fundamentalmente programático y poco significativo en la dinámica política venezolana.

Todos los partidos de esta segunda generación nacieron en la capital y pretendieron seguir, en consecuencia, una estrategia de penetración hacia el resto del país. Su dinámica organizativa, aunque centralizada, intentó avanzar hacia esquemas más flexibles y horizontales (de acuerdo a nociones del tipo “movimiento de movimientos”, en boga durante esos años). Varias fueron organizaciones personalistas que no lograron superar su carácter exclusivamente electoral. Los que sí lo hicieron, como el MEP y el MAS no pudieron, sin embargo, avanzar gran cosa en el proceso de

¹ De la cual formó también parte el PCV.

convertirse en partidos de masas. En tal sentido, ninguno de ellos llegó a ser realmente una amenaza para los partidos dominantes (AD y COPEI) y terminaron siendo actores secundarios dentro del sistema bipartidista que se instauró con fuerza a partir de los 70.

Durante los años 70 AD y COPEI se consolidaron como partidos. Sus poderosos comités nacionales controlaban lo que terminaron siendo organizaciones altamente pragmáticas. Sus diferencias doctrinarias, aunque existentes, se hicieron prácticamente irrelevantes. Sus estrategias electorales adoptaron, definitivamente, la estrategia "atrapa-todo". La reflexión sobre los grandes problemas nacionales y la formación de sus cuadros se debilitaron. Devinieron, en síntesis, en maquinarias orientadas a la captura y mantenimiento del poder. Otros partidos como el MAS progresivamente se insertaron, aunque como socios menores, en esa dinámica.

La tercera generación (años 80, 90 e inicios del siglo XXI)

El Estado de Bienestar a la venezolana, basado en la abundancia de la renta petrolera, alcanzó sus límites a finales de los 70. Venezuela no pudo, a pesar de algunos avances importantes, crear una economía productiva y diversificada. El crecimiento del Estado, con sus secuelas de ineficiencia y corrupción, no podía – ni puede – ser la única palanca para el desarrollo sostenible. Así pues, los problemas económicos, sociales y políticos comenzaron a acumularse. La legitimidad de los partidos políticos, irremediablemente atada a la suerte del modelo de desarrollo, fue disminuyendo lenta pero inexorablemente.

En efecto, el sistema bipartidista había contribuido a crear un amplio y profundo sistema de intereses, basado en el reparto de recursos y de oportunidades. Cuando este sistema entró en crisis, se quebraron las expectativas de progreso de una parte significativa de la sociedad y ésta responsabilizó por ello a los partidos. Hay algo de injusticia y de hipocresía en esto pues otros sectores y grupos (empresarios, medios de comunicación, sindicatos, gremios profesionales y un largo etcétera), eran también parte integral de ese vasto sistema de complicidades. En este sentido, los partidos (que tenían, se insiste, una elevada cuota de responsabilidad) fueron convertidos en los "chivos expiatorios" mediante los cuales el resto de la sociedad lavaba sus culpas. Cualquiera fuese el caso, se inició en esos años un paulatino proceso de des-institucionalización del sistema de partidos, reflejado en indicadores tales como la creciente abstención electoral, la alta volatilidad del electorado y la baja credibilidad en esas organizaciones.

Tardíamente, a finales de los 80, se produjeron algunas innovaciones institucionales que afectaron de manera decisiva el funcionamiento del

sistema de partidos. Se estableció la elección (y remoción) directa de gobernadores y alcaldes y se introdujo la uninominalidad en la selección de diputados. Tales innovaciones, unidas a la sentida necesidad de cambio que la sociedad venía manifestando de diversas formas (recuérdese el llamado “Caracazo”, por ejemplo), se convirtieron en una oportunidad para el emprendimiento político. Surgió entonces una tercera generación de organizaciones políticas y el sistema de partidos se transformó de un sistema bipartidista a un sistema pluralista moderado, aunque con fuerte tendencia a polarizarse.

En esta nueva generación de partidos pueden diferenciarse, *grosso modo*, dos grupos de organizaciones. Uno dispuesto a actuar de acuerdo a los valores y las prácticas democráticas. Otro, de vocación revolucionaria, orientado a conquistar el poder y mantenerse en él por cualquier vía.

Los partidos que integraban el primer grupo compartían, en mayor o menor grado, un origen regional y un sesgo personalista. En ello se diferenciaban de los partidos de la primera generación, nacidos en la capital del país y más institucionales. Tenemos dentro de este primer grupo de organizaciones a: “La Causa Radical” (Causa R)², partido nacido en los 70 y basado en los movimientos sindicales del Estado Bolívar y en algunas iniciativas en zonas populares de Caracas; su figura central ha sido Andrés Velázquez; “Proyecto Venezuela”, partido nacido en el Estado Carabobo y que gira alrededor de Henrique Salas Roemer y su hijo, Henrique Salas Feo; “Un Nuevo Tiempo” (UNT), partido zuliano que tuvo inicialmente como líder público a Manuel Rosales y, más recientemente, a Pablo Pérez. Como parte de este grupo se encuentra también “Primero Justicia”, creado en la capital, específicamente en el Estado Miranda, por un grupo de jóvenes entre los que destacaban figuras como Julio Borges, Leopoldo López y algunos otros³.

El crecimiento de estos partidos –y muchos otros que han tenido poca figuración a nivel nacional o que han sido creados muy recientemente, como es el caso de “Voluntad Popular”- ha estado condicionado por las oportunidades que la descentralización ha introducido en el sistema político venezolano. Efectivamente, las posibilidades de creación de

² Aunque este partido comenzó actividades, como movimiento, en los años 70 cuando, en el proceso de ruptura con el PCV, un pequeño grupo de líderes decide no incorporarse al MAS. Bajo el liderazgo de Alfredo Maneiro se concibió la creación de un “complejo de organizaciones” que luchaban en distintos ámbitos de la vida social (en fábricas, en barrios, en universidades, en el mundo de las ideas) y que aceptaban conscientemente la dirección de una vanguardia revolucionaria.

³ A esta lista debe agregarse el partido “Convergencia”, partido creado por y para Rafael Caldera, que si bien nació como plataforma electoral nacional se redujo luego, por la vía de los hechos, a organización regional.

nuevas organizaciones y de diversas alianzas se han ampliado notablemente. Esto ha implicado, en pocas palabras, la dinamización del mercado político venezolano. Estos partidos, no obstante, han debido enfrentar el intento de cierre democrático perseguido por el régimen de corte neocomunista que hoy domina al país. Estas fuerzas contrapuestas le han impreso a la política venezolana una complejidad y una inestabilidad nunca antes experimentadas.

Varios de estos partidos han aspirado a ocupar la Presidencia de la República, enfrentándose, en sucesivas oleadas, a los partidos tradicionales, inicialmente, y a Hugo Chávez, luego. En este sentido, la primera oportunidad la tuvieron la "Causa R" y "Convergencia" en las elecciones presidenciales de 1993. En esa ocasión, la "Causa R" y su candidato, Andrés Velásquez, se convirtieron en un fenómeno político. El triunfo fue alcanzado, sin embargo, por Rafael Caldera con el apoyo de "Convergencia" y numerosas pequeñas organizaciones (el llamado "chiripero"). Esas elecciones marcan el final del bipartidismo de AD y COPEI. La segunda oportunidad de un partido de origen regional para acceder a la Presidencia la tuvo "Proyecto Venezuela" en las elecciones de 1998. Su candidato, Henrique Salas Roemer, aunque alcanzó un porcentaje significativo de votos, fue incapaz de detener la avalancha que significó Hugo Chávez y su plataforma política, el "Movimiento V República (MVR). La tercera oportunidad correspondió a "Un Nuevo Tiempo" con la candidatura de Manuel Rosales, derrotado en el año 2006 por Chávez. Hoy se le ofrece la oportunidad a "Primero Justicia". Su candidato, Henrique Capriles, es el candidato de la unidad de los sectores opositores.

Una regularidad empírica es notable en esta breve historia electoral. Los votos obtenidos en los procesos electorales presidenciales por "Causa R" y "Convergencia" (1993), "Proyecto Venezuela" (1998) y "Un Nuevo Tiempo" (2006), se volatizaron poco después de sus respectivas derrotas y cada uno de tales partidos perdió presencia nacional para regresar, prácticamente, a sus orígenes regionales. Esto habla de un electorado con una aguda necesidad de cambio que no ha sido satisfecha y con una baja lealtad a las diferentes organizaciones políticas.

Este grupo de partidos pertenecientes a la tercera generación se caracteriza por su fuerte sesgo electoralista y por una temprana propensión al pragmatismo. Sus planteamientos doctrinarios son más bien débiles. Sería exagerado afirmar, sin embargo, que carezcan por completo de ideas relativas a los problemas del país y sus posibles soluciones. Entre ellos existe una visión compartida alrededor de temas esenciales. Todos estos partidos están dispuestos a defender y promover los derechos

humanos, la inclusión social, una educación de calidad y accesible, el emprendimiento y los mercados competitivos, el desarrollo productivo y la expansión del sector petrolero, la descentralización y la reforma del Estado, la disciplina fiscal y la autonomía del ente emisor, entre otros relevantes asuntos.

Por otra parte, se trata de partidos con tendencias al personalismo y a la conformación prematura de una oligarquía interna. Tal fenómeno se asocia estrechamente a los vínculos que han creado –en parte por necesidad, en parte por oportunismo– con poderosos grupos de intereses, tanto nacionales como internacionales. Se trata, en resumen, de organizaciones que han contribuido poco a la re-institucionalización del sistema de partidos y que más bien, en algunos casos, han prologando su des-institucionalización.

El otro grupo de partidos que conforma la tercera generación de partidos incluye, fundamentalmente, al “Partido Socialista Unido de Venezuela” (PSUV). Este nace de la fusión del MVR y otros partidos menores. Es una organización destinada a servir, ante todo, como el instrumento electoral del proyecto revolucionario en el poder y, por ello, no puede ser plenamente comprendida si no se le describe como parte del intento de articulación entre el Estado, la Fuerza Armada Nacional y sectores populares organizados. Ello resulta más claro cuando se observa que Hugo Chávez se desempeña, simultáneamente, como Jefe de Estado, Comandante en Jefe de la Fuerza Armada Nacional (FAN) y Presidente del PSUV y que los Consejos Comunales (supuesta expresión del Poder Popular) dependen directamente de una oficina adscrita a la Presidencia de la República.

El PSUV lleva a extremos insólitos algunas de las graves desviaciones institucionales del pasado. En él se conjugan el desvío de recursos públicos hacia una organización política, la confusión entre los roles de funcionario público y de autoridad partidista, así como la pretensión de colonizar todos los espacios sociales. Su vocación es abiertamente hegemónica. No reconoce al resto de partidos como interlocutores y los supone enemigos con los cuales es imposible el entendimiento. Es un partido que intenta exacerbar diversas líneas de fractura social como base de una política no democrática de constante conflicto y polarización. Finalmente, el PSUV es, como el régimen del cual es sólo una pieza, una organización profundamente personalista que gira alrededor de la figura carismática del Comandante-Presidente. No es exagerado suponer que sus destinos serán inseparables.

Otro partido de la tercera generación que vale la pena mencionar es “Patria para Todos” (PPT). No tanto por su significación electoral (que no

ha sido despreciable) sino por el periplo que ha seguido y que lo llevó a cruzar la frontera entre los dos grupos de partidos anteriormente diferenciados. Se trata de un partido que nace en 1997 de la traumática división de la Causa R debida, entre otras cosas, al conflicto de visiones y al debate en torno al apoyo a Chávez. El PPT optó por integrarse al conjunto de organizaciones políticas y sociales que apoyaban al proceso bolivariano. Decisión que le rindió inicialmente buenos frutos en términos electorales y en cuotas de poder, pasando a tener la organización una presencia nacional que ciertamente no reflejaba su condición de pequeño partido de cuadros. Eso no significa, sin embargo, que se tratase de una organización sólo electoralista y gobernadora pues algunos de sus dirigentes eran políticos de larga trayectoria en las filas de la izquierda venezolana y contaban con una visión de país, producto de una larga maduración. En cualquier caso, las relaciones del PPT con el Presidente y su partido (primero el MVR y luego el PSUV) siempre fueron difíciles. El PPT no podía aceptar, a pesar del pragmatismo del que hizo gala en algunos momentos, las tendencias autoritarias de Chávez y del PSUV. La ruptura llegó, finalmente, en el año 2010, en el marco de las elecciones parlamentarias. El PPT se separó del chavismo pero, al mismo tiempo, marcó distancia con los sectores opositores⁴. Sin embargo, esa situación le resultó insostenible y el PPT es hoy parte del conjunto de organizaciones que integran la Mesa de la Unidad Democrática (MUD).

Los partidos hoy: Entre la innovación y la resistencia

Luego del análisis histórico previo es posible enfocar la atención a la situación actual de los partidos venezolanos. Lo primero que cabría decir es que en el presente conviven, al interior de los partidos, algunos intentos de transformación con antiguas resistencias al cambio. Lamentablemente, pareciera que los primeros no tuviesen el vigor necesario para imponerse a las segundas. Tal hecho es justificado, en ocasiones, por el difícil contexto en el que se hallan estas organizaciones, especialmente las del sector opositor. Al fin y al cabo, se argumenta, lo que está en juego para ellas es la existencia misma del sistema de partidos tal como se conoce. Es muy probable, sin embargo, que más temprano que tarde la normalidad democrática regrese al país y que los partidos deberán jugar un rol fundamental para que ello ocurra. Pero lo que estas organizaciones hagan o dejen de hacer hoy afectará notablemente su capacidad para enfrentar exitosamente los retos que la sociedad les planteará. En otras palabras, los partidos no pueden esperar a la

⁴ Para ese entonces ya varias figuras fundadoras del PPT no formaban parte de esa organización pues habían aceptado el llamado del Presidente a crear un partido único y se habían sumado al PSUV. El PPT que se separa del chavismo es pues una organización venida a menos.

sustitución del régimen autoritario que hoy domina el país para ocuparse de su propia renovación: la recuperación y la estabilidad de la democracia dependerá de que ellos se hayan renovado.

A continuación se desarrolla, con base en las seis dimensiones asumidas a efectos de análisis, un breve balance de la situación presente de los partidos y de algunas tendencias que logran distinguirse. A partir de estas consideraciones se abordarán, en la última sección, algunas propuestas de renovación de estas organizaciones.

En búsqueda de visión

No es correcto aseverar que ningún partido cuenta hoy con una visión de país. No es cierto, para empezar, en el caso del PSUV y su "Socialismo del Siglo XXI". Tal propuesta ha sido subestimada durante mucho tiempo pero ella constituye un programa de corte neocomunista que viene siendo aplicado por la elite dominante de manera progresiva y, en parte, subrepticia (es probable, en tal sentido, que muchos simpatizantes del llamado "chavismo" no compartan ese proyecto si llegasen a comprenderlo cabalmente). Del lado de los sectores opositores existen varios intentos de elaboración de programas políticos. Primero Justicia, un Nuevo Tiempo y Voluntad Popular, por citar algunos casos, han presentado y publicado (básicamente a través de medios digitales) sus ideas. Más recientemente, la Mesa de la Unidad Democrática (MUD), luego de un par de años de trabajo, presentó los lineamientos generales para un programa de gobierno. Se trata de un esfuerzo encomiable que logró conjugar perspectivas técnicas y políticas para generar un documento que podría llegar a ser importante. Sin embargo, esos programas de gobierno parecieran no permear hacia la opinión pública. A decir verdad, tampoco parecieran hacerlo hacia el interior de los mismos partidos. Éstos no logran pues presentarse ni asumirse como partidos programáticos ni menos aún doctrinarios. La sociedad sencillamente no confía en los partidos ni en lo que dicen. A ello contribuye, además, el lamentable divorcio entre la intelectualidad y las organizaciones políticas, fenómeno que merecería un estudio particular. Pocos intelectuales se identifican hoy con algún partido. La figura del político-intelectual (como Rómulo Betancourt, Rafael Caldera, Teodoro Petkoff, Alfredo Maneiro y otros más) ha prácticamente desaparecido.

De encuestas y "focus groups"

Uno de los síntomas de la pérdida de contacto entre los partidos y el electorado es el generalizado uso de los estudios de opinión y de "grupos focales". Entiéndase bien que no se está subestimando el valor de esos

instrumentos para el estudio y seguimiento de la opinión pública. Sobre todo en una época de creciente complejidad social. Lo que se pretende destacar es que los partidos descansan cada vez más en ellos para identificar los problemas que preocupan a las personas, al haberse debilitado los mecanismos –como las “casas de los partidos”, por ejemplo– que antes les permitían seguir el pulso cotidiano a la opinión de diversos sectores de la ciudadanía. No es descartable, desde luego, que el creciente uso de las nuevas tecnologías de información pueda eventualmente sustituir esas antiguas formas de comunicación entre los partidos y el electorado. Pero ese no es aún el caso. Se reitera que el problema de fondo es que los partidos, en una tendencia pragmática generalizada y ante la brecha surgida entre ellos y la sociedad, tienden a elaborar sus pronunciamientos y sus acciones casi exclusivamente con base en los que las personas creen y desean. Los partidos se han convertido, en medida importante, en seguidores de la voluble opinión pública y han renunciado a su papel como guías de la sociedad, responsables de esclarecer problemas, identificar dilemas y proponer soluciones. Cabe mencionar, por cierto, que la constante utilización de estudios de opinión como los referidos, aunado al uso para fines propagandísticos de los medios de comunicación, ha incidido en el notable incremento de los costos asociados a la actividad político-electoral. Problema que ha conducido a numerosos partidos a profundizar sus tratos con financistas privados, nacionales e internacionales, y a utilizar indebidamente, con mayor persistencia, recursos públicos. Las obvias y lamentables consecuencias son, desde luego, la proliferación de los casos de tráfico de influencias y corrupción.

¿Sociedad civil versus partidos políticos?

Otra tendencia evidente en el caso venezolano –y también en otros países– es el surgimiento de nuevas formas, distintas a la partidista, de hacer política. En efecto, el desarrollo de la llamada sociedad civil es, desde hace ya algún tiempo, la expresión de una manera en la que diversos grupos de interés, en las más amplias (e inesperadas, en ocasiones) esferas de la vida social, pueden introducir sus opiniones en el debate público y presionar eficazmente a los gobiernos. Tal hecho se ve amplificado notablemente por la utilización de las nuevas tecnologías de la información y comunicación. A través de *Twitter*, por ejemplo, un grupo (e incluso una persona) puede aparecer con fuerza en la discusión pública y lograr sus objetivos en términos de decisiones estatales. El asunto va aún más allá pues los propios medios de comunicación, que al fin y al cabo son también grupos de interés, vienen actuando, desde hace mucho, como actores políticos, formadores de opinión pública y creadores de la agenda de discusión de la sociedad. En ese contexto, los partidos ciertamente han perdido relevancia en la tarea de identificar y articular

intereses sectoriales y regionales. Por ello, más de uno piensa que los partidos ya no tienen razón de ser y que su declive es inevitable. Bastará, se afirma, que se fortalezcan otros modos de participación electoral para que los partidos se hagan definitivamente obsoletos. Eso, desde luego, nos parece una exageración. Si bien la manifestación de intereses por parte de los distintos componentes de la sociedad no depende hoy de la acción de los partidos, no deja de ser importante la articulación de esos intereses para dar forma a programas políticos viables. Sin esa articulación, las sociedades pueden pasar de la complejidad al desconcierto de incontables y cambiantes demandas sectoriales. En tal sentido, los partidos tal vez tengan menos que hacer como identificadores de intereses pero sí mucho que resolver como articuladores de los mismos. Tal reto les exigirá, como se verá más adelante, convertirse en espacios abiertos a la permanente deliberación y a la generación y socialización de acuerdos. Al borde del caos, los partidos pueden ser los grandes generadores de orden.

Cientelismo y partidos

Una de las críticas más importantes que se le han hecho a los partidos en prácticamente todas las democracias, es su tendencia a crear relaciones clientelares con la sociedad. Los partidos se servirían, inevitablemente, de su acceso a las instancias de decisión estatales para favorecer a los sectores de cuyos votos y apoyo dependen para llegar o mantenerse en el poder. Los partidos habrían pervertido así su función de intermediar entre las demandas sociales y la acción estatal. Esta no es, desde luego, una crítica gratuita. La experiencia de numerosos países muestra que el clientelismo es un problema real de las democracias. Un problema particularmente grave en países como Venezuela, en los cuales el Estado posee fuentes de ingreso de naturaleza rentística, que no provienen del esfuerzo impositivo de la sociedad. No conviene, sin embargo, simplificar las cosas y hacer de los partidos los únicos responsables del asunto. Al menos dos consideraciones caben al respecto. En primer lugar, una mirada más amplia hace evidente que el clientelismo sólo es posible en el marco de un Estado que ha venido extendiendo sus funciones y sus áreas de intervención. En otras palabras, el clientelismo está estrechamente asociado al surgimiento y desarrollo del Estado del Bienestar. En segundo término, la relación clientelar supone la existencia de los grupos o sectores beneficiarios de una decisión pública. No es una provocación afirmar entonces que diversos grupos y sectores sociales y económicos se han servido de los partidos –ofreciéndoles lo que éstos requieren: votos y apoyo– para sesgar a su favor las decisiones estatales. El asunto es pues complejo y su solución no depende tan sólo de la transformación de los partidos. Al ver las cosas de esta manera entendemos que el clientelismo no desaparecerá porque desaparezcan los partidos. Como una suerte de virus social podrá mutar y ocupar otras organizaciones para perpetuarse.

Pero los partidos fueron, durante mucho tiempo, agentes portadores y transmisores de ese mal y necesitan ahora combatirlo eficazmente para no ser desechados por la sociedad que los responsabiliza como sus exclusivos causantes y que, al mismo tiempo, buscará con quienes sustituirlos en el cumplimiento de esa función.

Archipiélago político

Otro hecho destacable del proceso político venezolano, desde hace algún tiempo, es la propensión de unos cuantos dirigentes a crear sus propios partidos y a no integrarse o mantenerse en las organizaciones existentes. Tal vez la petrificación del liderazgo de ciertos partidos los haga refractarios a la incorporación de nuevas figuras. Quizás las diferencias doctrinarias o el conflicto de intereses impidan a un líder considerar la posibilidad de incorporarse a un partido existente. En cada caso existirán, sin duda, razones para justificar esa conducta pero el hecho no deja de ser llamativo. Un ángulo del problema que es pertinente destacar aquí es la dificultad para alcanzar y mantener acuerdos, consecuencia y causa a la vez del bajo nivel de confianza presente en el ambiente político. Se trata de una situación caracterizada por la irracionalidad colectiva y la racionalidad individual⁵. Cada dirigente está dispuesto a incumplir con un acuerdo apenas cambian las circunstancias a su favor porque piensa que otros harán lo mismo. El resultado es, por supuesto, que ninguno confía realmente en los otros y se ha creado, si se permite el término, una "cultura del embarque" dentro de la cual todos aprenden a desenvolverse (ha ocurrido, por ejemplo, que un grupo de dirigentes adopte una tarde un acuerdo mediante consenso y que a la mañana siguiente, literalmente, varios de ellos comiencen a actuar al margen de dicho acuerdo y el resto lo haga en los días siguientes. El acuerdo simplemente se ha deshecho en poco tiempo sin que ninguno de quienes lo suscribieron se haya sentido obligado a justificar su comportamiento ante los otros⁶). En ese entorno, la estrategia preferida por unos cuantos dirigentes ha sido "montar tienda aparte" junto a los suyos. El resultado ha sido la profusión de partidos personalistas con escasa relevancia pública. Por ello resultan tan valiosos los acuerdos que han conducido a la creación de la MUD y a la selección, vía elecciones, de los candidatos unitarios a todos los cargos ejecutivos de representación pública. Puede que la razón fundamental que explique tales acuerdos sea el elevado costo político que significaba para cada participante el no aceptarlos. Aún así, se trata de una experiencia inédita que puede mejorar las relaciones entre las diversas organizaciones

⁵ Situaciones como éstas han sido ampliamente estudiadas por la teoría de juegos.

⁶ No se trata de un caso hipotético sino de un episodio en el que el autor estuvo involucrado.

políticas, aumentando el capital social sin el cual resulta difícil cualquier tarea colectiva.

Organización y personalismo

Varios partidos han intentado cambiar pero no han tenido éxito en el empeño. Ya desde los años ochenta, algunos partidos dedicaron algo de tiempo y de recursos a pensarse a sí mismos. No es verdad que ante el rechazo profundo de la sociedad hacia ellos, ningún dirigente se hubiese preocupado por identificar y promover nuevas rutas. Iniciativas como las de la "Comisión para la Reforma del Estado" (COPRE), como ha sido comentado antes, tuvieron importancia en su momento, al ayudar a pasar del cuestionamiento, a veces irracional, de los partidos al diseño y divulgación de propuestas de cambio. Fue poco, sin embargo, lo que los partidos de la primera y segunda generación pudieron hacer para renovarse. El fuerte entramado de viejas prácticas y creencias dificultaron su transformación. Con los partidos de la tercera generación aparecen nuevos impulsos para la reforma de las organizaciones partidarias. La verticalidad y centralización de los antiguos partidos disminuye en algo en varios casos, aunque no en todos. Asimismo, la renovación periódica de los cuadros directivos se realiza, con notables excepciones, mediante elecciones internas, aunque sea con reticencias. Varios partidos intentan, además, articular iniciativas de base –que recuerdan, por cierto, los primeros tiempos de la "Causa R" y su "complejo de organizaciones sociales"- A pesar de ello, los partidos –los de todas las generaciones- no han logrado transformarse en lo sustantivo y los cambios que han experimentado no son socialmente apreciados. Parte de la solución a este problema radica en preguntarse con sinceridad: ¿Por qué razón milita hoy una persona en un partido político? Las razones, dice la teoría, serían de dos tipos. Por una parte, las personas militan en un partido porque se identifican con un ideal, con una visión, con una gesta. Es lo que se ha llamado "incentivo colectivo". Por otra parte, las personas militan para obtener algún beneficio particular o grupal. Estos serían "incentivos selectivos". Pues bien, la mayoría de los partidos venezolanos, al haber sido y seguir siendo básicamente mediadores entre el Estado petrolero y la sociedad, tienden a ofrecer, casi exclusivamente, incentivos selectivos para sus miembros y para quienes los apoyan. Incentivos que adoptan diversas formas: prebendas, oportunidades, contratos, status, etc. Atrás quedan los momentos fundacionales en los que los incentivos colectivos convocan a grupos y sectores a la construcción de una nueva organización política. Lo que es más, la dinámica de intereses particulares conduce, inevitablemente, a la des-institucionalización de los partidos (o a su no institucionalización, en el caso de las más jóvenes de estas organizaciones) y al surgimiento del personalismo. Los partidos son, en medida importante, conglomerados de grupos y "tribus" al frente de los cuales se hallan los diferentes líderes. Dicho personalismo permea los distintos

procesos organizativos. El financiamiento de las organizaciones, por citar sólo un ejemplo, está estrechamente asociado a tal o cual dirigente (funcionario electo o no) y no a las organizaciones como tales. Ello dificulta, desde luego, su institucionalización. Así pues, en definitiva, el personalismo es el principal obstáculo para la transformación de los partidos en organizaciones a la altura de nuestros tiempos.

Siete principios para reinventar los partidos venezolanos

Algunos partidos venezolanos se encuentran hoy, con diferentes grados de convicción y eficacia, en un proceso de búsqueda y transformación. En lo que sigue se intenta contribuir a ese proceso, tratando de organizar la reflexión sobre el cambio necesario y acercándola, en lo posible, a un plano operativo. Se advierte, de entrada, que no se aspira a ser originales en esta materia. Existen valiosas experiencias y propuestas que han nutrido esta aproximación. Son varios los partidos que, a lo largo de las décadas recientes, han dedicado tiempo a pensarse a sí mismos y a ensayar nuevas formas de organización. Del mismo modo, como ha sido previamente reseñado, iniciativas como las de la “Comisión para la Reforma del Estado” (COPRE) promovieron importantes debates sobre la reforma de los partidos. Ideas no han faltado, pues. El problema ha estado, como suele ocurrir, en su implementación.

El partido ideal para este nuevo siglo sería uno que pueda incorporar en su estructura y funcionamiento siete grandes principios. Principios que se interrelacionan de diferentes formas y que se reflejan, en distintos grados, en las seis dimensiones que se han venido utilizando en el presente documento para comprender a los partidos. El cuadro siguiente resume el planteamiento. Allí se destacan las intersecciones más relevantes entre tales “principios” y “dimensiones”.

TABLA N°. 2

PRINCIPIOS PARA REFORMAR LOS PARTIDOS.

	Doctrina y programas	Electorado	Grupos de interés	Poderes públicos	Otros partidos	Procesos organizativos
Principio estratégico	✓					✓
Principio deliberativo	✓	✓	✓	✓	✓	✓
Principio pedagógico	✓	✓				✓
Principio de responsabilidad		✓		✓		✓
Principio de delimitación			✓	✓		✓
Principio federativo				✓		✓
Principio democrático		✓			✓	✓

El principio estratégico

Todo partido debe contar con una visión viable e inspiradora de la sociedad y del mundo. Dicha visión debe tener expresión concreta en su programa de gobierno así como en propuestas específicas de políticas públicas. No es exagerado decir que, en última instancia, es esa visión la que justifica la existencia de un partido. El partido mismo debería concebirse entonces como un instrumento al servicio de ella y, en tal sentido, precisar cómo sus distintas unidades y proyectos contribuyen a su materialización. Herramientas como el "Balanced Scorecard" (traducido normalmente como "**Cuadro de Mando Integral**"), orientadas a la alineación de las unidades organizacionales alrededor de mapas estratégicos, de planes operativos y de la medición de desempeño, podrían resultar muy útiles. El proceso de reflexión y seguimiento en estas materias debería tener carácter permanente y ser coordinado por una unidad específica dentro de la organización (como un **Centro de Estudios Estratégicos**, por ejemplo).

El principio deliberativo

Todo partido debe desarrollar una práctica de diálogo que le permita mantenerse abierto a la diversidad de perspectivas presentes en la sociedad y, por esa vía, al aprendizaje permanente. De hecho, la visión y los programas referidos al principio estratégico antes mencionado deben ser reflejo de esa cultura deliberativa. El partido –se halle en el ejercicio del poder estatal o en la oposición- debe ser capaz de estar en constante comunicación con el electorado, con grupos de interés, con otras organizaciones políticas. Para decirlo de una manera gráfica: cada partido debería ser un microcosmos, el país en pequeña escala. Ya hemos advertido antes que el desarrollo político de las democracias y los avances tecnológicos han hecho que los partidos pierdan importancia como identificadores de intereses pero que su papel como articuladores de esa diversidad de posiciones es ahora más relevante que nunca. Una manera concreta de cumplir con esta tarea de manera periódica sería que cada partido contase con un **Gabinete** que sostenga reuniones periódicas con los diversos sectores sociales y presente propuestas de políticas públicas al país. Por otra parte, todo partido debe contar internamente con un **sistema conversacional** que haga posible que toda persona responsable de proyectos y/o unidades participe periódicamente en diálogos estructurados alrededor de temas específicos. Se desarrollaría así el sentido de pertenencia al tiempo que se crea una comunidad de aprendizaje que potencie la inteligencia creativa de la organización y el surgimiento de nuevas ideas. Las formas para lograr todo ello son diversas pues hay una amplia experiencia en la materia, tanto a nivel nacional como internacional.

El principio pedagógico

Todo partido debe ayudar a facultar a los ciudadanos en la comprensión de los grandes temas públicos. Es preocupante, se insiste, que los partidos hayan tendido a claudicar ante el desafío de ejercer el liderazgo intelectual de la sociedad y que por oportunismo o por incompetencia hayan optado por plegarse al estado de la opinión pública en cada momento. La política es, en un sentido profundo, pedagogía social. Le corresponde a los partidos estar a la altura de esa responsabilidad y ejercerla con propiedad. Esto implica, desde luego, que la propia dirigencia y militancia de las organizaciones políticas –en especial quienes ocupan cargos públicos o aspiran a hacerlo- se inserten en una dinámica de formación continua. Para tal propósito, cada partido debería contar con una **Escuela de Gobierno**, enlazada con universidades y centros de formación nacionales e internacionales.

El principio de responsabilidad

Ser responsable es ser capaz de responder ante quienes se tiene el deber de hacerlo. Los partidos deben responder ante los ciudadanos y si no lo hacen actúan irresponsablemente. Es importante precisar, desde luego, en cuáles asuntos los partidos se encuentran moral y políticamente comprometidos con los ciudadanos. De éstos, tres resultan fundamentales. En primer lugar, no deja de ser sorprendente cómo organizaciones que aspiran a ejercer el poder estatal y administrar los recursos públicos pueden desempeñarse de forma tan opaca en temas tan importantes como, por ejemplo, su financiamiento. Los partidos, como si de instituciones bancarias se tratase, deberían presentar periódicamente sus estados financieros e informar sobre el uso de sus fondos⁷. En segundo término, es común que los partidos incumplan con muchas de sus ofertas electorales y que no den explicaciones sobre las razones que los llevaron a quebrantar esos compromisos. Los partidos sencillamente se hacen, para decirlo coloquialmente, la “vista gorda” con respecto al asunto, frustrando a la población y desacreditándose ante ella. Tercero, es también frecuente que los partidos, cuando se encuentran en la oposición, cuestionen de manera demagógica las acciones del gobierno de turno, sin presentar pruebas en el caso de denuncias ni opciones viables si se trata de propuestas. Contribuyen de esa manera a confundir y degradar el debate público. En estos y otros temas los partidos mantienen una deuda con la ciudadanía. No es fácil, sin embargo, imaginar cómo los partidos dejarán de actuar como lo han hecho hasta el presente si no es mediante un fuerte compromiso moral (de todos modos, en este caso hay razones utilitarias que podrían conducir a algún partido a tomar el riesgo de innovar y comenzar a conducirse de otra forma; el partido que adopte esa estrategia ganará en credibilidad pública y, en consecuencia, en apoyo popular). En este sentido, iniciativas como la de publicar periódicamente un **informe de rendición de cuentas** o permitir una **Auditoría Ciudadana** a sus gestiones deberían ser seriamente evaluadas por las organizaciones políticas.

El principio de delimitación

Todo partido debe mantener ciertos límites en sus relaciones con las organizaciones de la sociedad y con los poderes públicos. De no ser así, su función como mediador entre unas y otros se pervierte. Así, un partido no debe ser el simple instrumento de determinados grupos de intereses ni las organizaciones de la sociedad una herramienta al servicio de un partido.

⁷ Fue un error la decisión de prohibir constitucionalmente el financiamiento público de los partidos. El reto era implementar eficientes mecanismos de rendición de cuentas sobre el uso de esos fondos. En cualquier caso, es improbable que, en el futuro previsible, esa decisión sea revertida.

Asimismo, el Estado no debe ser la expresión de la dinámica de los partidos (un Estado de partidos) ni éstos convertirse en un apéndice del poder estatal (partidos de Estado). Cómo lograr el deslinde entre los partidos, el Estado y la sociedad organizada no es, desde luego, tarea fácil. En párrafos anteriores se identificó al clientelismo como problema difícil de resolver. Lo que sí parece evidente es que el cambio debe iniciarse simultáneamente en esos tres ámbitos. Resulta incorrecto, por ejemplo, el planteamiento según el cual los partidos no cambiarán mientras no lo haga el Estado. Es la mejor manera de trasladar la responsabilidad del cambio y, por esa vía, sabotearlo. Se sostiene, por el contrario, que los partidos tienen mucho que hacer como impulsores de la transformación de las relaciones entre ellos, la sociedad organizada y el Estado. No se habla, sin embargo, de una transformación radical e inmediata que, de intentarse, seguramente fracasaría. Se sugiere, más bien, una reforma “paso a paso” mediante el debate socializado de un conjunto limitado de temas. Los partidos organizados en la MUD podrían crear una iniciativa de diálogos políticos y comenzar, por ejemplo, un intercambio con diversas organizaciones civiles y sociales a fin de acordar formas de relacionarse que respeten sus respectivos “límites”. Sería sólo un inicio, desde luego. La mejor estrategia en esta materia consiste en proponerse metas que resulten realistas y que permitan a los partidos ir ganando confianza en sus capacidades para abordar retos cada vez más complejos.

El principio federativo

El proceso de descentralización iniciado en 1989, ha tenido significativo impacto en el sistema político venezolano. Podrían mencionarse, sin pretender ser exhaustivos, tres dinámicas desencadenadas por dicho proceso. En primer lugar, la posibilidad de construir carreras políticas desde el nivel local de gobierno hasta el nacional. Segundo, el surgimiento de incontables partidos regionales y locales. Tercero, diversas adaptaciones organizativas de los partidos para reflejar el mayor dinamismo político de los municipios y estados. Se trata, sin duda, de interesantes tendencias que no han podido ser anuladas por la estrategia re-centralizadora que el régimen revolucionario viene ejecutando. A pesar de ello, es frecuente escuchar críticas al centralismo que aún caracteriza a diversos partidos nacionales. Una percepción válida es que, efectivamente, los partidos han desaprovechado las enormes oportunidades que la descentralización les abrió para organizarse de acuerdo a un paradigma federal. De acuerdo con éste, un partido podría convertirse en una federación de partidos y aprovechar, por así decirlo, las ventajas de lo pequeño y los beneficios de lo grande. Bajo ese esquema los partidos locales podrían resultar más accesibles para los habitantes de las comunidades y, en especial, para el liderazgo de base que encontraría un espacio político en el cual desarrollar una carrera. Al mismo tiempo, tales

partidos podrían trascender lo estrictamente local y el conjunto de ellos podría alcanzar presencia nacional. No es conveniente, sin embargo, idealizar esta forma organizativa pues ella conlleva una permanente tensión entre lo nacional y lo local, entre el control desde el centro y la dispersión de los miembros. Ello le exige a un partido federal contar necesariamente con una visión compartida, con reglas claras y con mecanismos efectivos de coordinación. Un partido federal es pues más complejo que uno centralista pues refleja más nítidamente la complejidad de la sociedad. Además, su capacidad de expansión sería mucho mayor que la de un partido nacional tradicional. Pero si las ventajas netas del esquema federativo son relativamente evidentes, ¿por qué no existen partidos federales en Venezuela? Es probable que a los partidos nacionales, cuyas estrategias de creación se basaron en la penetración territorial desde un centro –y que cuentan con dirigencias nacionales consolidadas-, les resulte difícil transformarse en una federación. Ello supondría, después de todo, una redistribución masiva de poder que encontraría enormes resistencias. Tal vez la adopción del principio federativo sea entonces una elección abierta sólo a diversos movimientos locales y regionales, decididos a integrarse para constituir una entidad mayor que les posibilite presencia nacional y que, al mismo tiempo, preserve en la mayor medida posible sus autonomías particulares.

El principio democrático

El fenómeno de “partidos sin democracia”, es decir, de partidos cuyas prácticas internas están reñidas con el ideal democrático, evidencia el rezago de esas organizaciones con respecto a la sociedad a la que pretenden liderar. En efecto, una paradoja presente en muchos partidos venezolanos es que estén dispuestos a competir por el poder a través de elecciones pero les resulte difícil seleccionar sus propias autoridades y candidatos a través de ese mismo mecanismo. La democracia valdría hacia afuera, por así decirlo. Hacia adentro existiría más bien un régimen oligárquico. El tema, sin embargo, no es exclusivo de Venezuela y ha sido estudiado desde hace mucho. No es necesario insistir aquí al respecto. Lo que se busca destacar es que esta es una de las razones por las cuales muchos partidos políticos han perdido credibilidad. En el caso venezolano el asunto resulta más grave aún debido a que el marco constitucional obliga a los partidos a realizar elecciones internas periódicamente. A pesar de ello, los partidos –o, quizás con mayor precisión, sus respectivas oligarquías internas- se han valido de diversos subterfugios para demorar o sencillamente incumplir con ese deber. Nadie afirma que unas elecciones primarias sean cosa fácil, desde luego. Sobre todo para la dirigencia partidista (basta colocarse por un momento en la situación personal del coordinador de un partido, ¿qué hará de perder una elección y, por tanto, su cargo? ¿A qué se dedicará? ¿Cómo se ganará la vida?...).

Pero el asunto es que un partido existe, precisamente, para manejar la complejidad de la competencia democrática por el poder. Resistirse a la normal realización de elecciones internas es, sin exageración alguna, ir en contra de su razón de ser. Un partido debe ser una permanente escuela de democracia para sus miembros y para la sociedad en la que actúa. El principio democrático es, sencillamente, irrenunciable.

Conclusión: ¿Una cuarta generación de partidos?

Valdría la pena concluir el presente documento identificando varias interrogantes y esbozando sus posibles respuestas.

¿Está pasando el tiempo de los partidos? Definitivamente no. El planteamiento de “una democracia sin partidos” habla de sociedades con dificultad para entender cabalmente el significado de la democracia y, dentro de ella, el de los partidos políticos. Tales organizaciones tienen una razón de ser. Les corresponde a ellas, para decirlo en una frase, preparar gobiernos alternativos. Esto implica darle forma a visiones del país y socializarlas de la manera más amplia posible; identificar y articular posiciones e intereses; preparar a los eventuales gobernantes y legisladores; seleccionar candidatos a cargos de representación pública y participar en elecciones. Otras organizaciones podrán atender algunas de estas tareas pero sólo los partidos pueden y deben ocuparse de todas ellas.

¿Podrían cumplir debidamente los partidos con sus funciones? Sí. Se han mostrado varios de los problemas que estas organizaciones han enfrentado y enfrentan pero, así mismo, se han descrito algunos de los cambios que vienen impulsando o podrían impulsar y que les permitirían realinearse con las demandas y expectativas de la sociedad. Cabe destacar, sin embargo, que la reinención de los partidos es un proceso que debe ser impulsado no sólo desde su interior sino también, desde fuera de ellos, por los sectores más avanzados y dinámicos de la sociedad democrática.

¿Qué ocurriría si, a pesar de todo, los partidos no logran reinventarse? Que la sociedad se fraccionaría en innumerables grupos de interés. No se está afirmando, desde luego, que tales grupos sean ilegítimos ni tengan derecho a expresarse. Lo que se plantea es que en ausencia de los partidos políticos –reinventados, no los actuales– nadie estará cumpliendo la función de articular los intereses particulares con base en programas de gobierno. Surgiría entonces, progresivamente, una dinámica de facciones, de innumerables grupos enfrentados entre sí e intentando capturar al

Estado⁸. En un contexto de ingobernabilidad como ese más de uno pensará que la solución sería un régimen de fuerza que imponga el orden o, en otras palabras, una dictadura. Así pues, la democracia de partidos representa el equilibrio entre una sociedad de facciones ingobernables, por una parte, y un régimen dictatorial, por la otra.

¿Surgirá en Venezuela una cuarta generación de partidos? Es probable que no en los próximos años. Da la impresión de que el fracaso del proyecto neocomunista y la recuperación de la normalidad democrática en Venezuela, traerán aparejada la transformación de varias organizaciones políticas hoy existentes. La reinención de los partidos será, para muchos de ellos, cuestión de "vida o muerte". Varios líderes políticos verán allí una oportunidad para canalizar su acción emprendedora. Esto no implicará, por supuesto, que no surja algún otro partido asociado a alguna figura pública. Pero esto no será suficiente para hablar, con propiedad, de una cuarta generación de partidos. Lo que se alcanza a visualizar, en definitiva, es la reforma, más o menos profunda, de varios partidos políticos. No debe olvidarse, sin embargo, que la mejor manera de predecir el futuro es creándolo. Por ello, la reinención de los partidos, más que predicción, es tarea colectiva a la que es necesario contribuir.

⁸ Vale la pena aclarar que lo que hoy se denomina facción antes era llamado partido. Cuando Bolívar, por ejemplo, criticaba a los partidos no se refería a las organizaciones políticas que aún no existían sino a las facciones enfrentadas en la defensa de sus intereses particulares.

Bibliografía

- ALCÁNTARA, Manuel (2004). "¿Instituciones o maquinarias ideológicas? Origen, programa y organización de los partidos políticos latinoamericanos". Institut de Ciències Polítiques i Socials, Barcelona, España.
- ÁLVAREZ, Ángel A. (2004), "COPEI: la triste historia de un partido sin vocación de poder", en José Enrique Molina Vega y Ángel Eduardo Álvarez Díaz (coordinadores), *Los partidos políticos venezolanos en el siglo XXI*, Vadell Hermanos Editores, Caracas, Venezuela.
- BLANCO, Carlos (2010). "Un programa para el cambio". Grijalbo, Caracas, Venezuela.
- CASANOVA, Roberto (2011). "Bifurcación. Entre una visión neocomunista y una visión creadora". La Hoja del Norte, Caracas, Venezuela.
- CROUCH, Colin (2003). "Posdemocracia". Editorial Taurus, Madrid, España.
- DUVERGER, Maurice (2002 [1957]). "Los partidos políticos". Fondo de Cultura Económica de España, Madrid, España.
- FEBRES CHATAING, Germán (1991), "Que cambie el Estado para que cambien los partidos". En Comisión Presidencial para la Reforma del Estado, *Venezuela, democracia y futuro. Los partidos políticos en la década de los 90*. COPRE, Caracas, Venezuela.
- GARCÍA-PELAYO, Manuel (1996). "El Estado de partidos". Alianza Editorial, Madrid, España.
- GUNTHER, Richard; MONTERO, José Ramón and LINZ, Juan (editors) (2002), "Political Parties: old concepts and new challenges", Oxford University Press Inc., New York, USA.
- HERNÁNDEZ MÁRQUEZ, Janeth (2004), "El Movimiento al Socialismo: su origen y evolución", en José Enrique Molina Vega y Ángel Eduardo Álvarez Díaz (coordinadores), *Los partidos políticos venezolanos en el siglo XXI*, Vadell Hermanos Editores, Caracas, Venezuela.
- KAPLAN, Robert S. and Norton David P. (2008). "The Execution Premium: Linking Strategy to Operations for Competitive Advantage". Harvard Business School Publishing, Boston, USA.
- KELLY, Janet (2003), "Agarrando aunque sea fallo. El oportunismo como motor y freno en la política", en Patricia Márquez y Ramón Piñango (editores), *En esta Venezuela. Realidades y nuevos caminos*, Ediciones IESA, Caracas, Venezuela.

- LÓPEZ MAYA, Margarita (2004), "Patria para Todos: un partido popular en tiempos de globalización", en José Enrique Molina Vega y Ángel Eduardo Álvarez Díaz (coordinadores), *Los partidos políticos venezolanos en el siglo XXI*, Vadell Hermanos Editores, Caracas, Venezuela.
- MAIR, Peter (1997). "Party system change: approaches and interpretations". Oxford University Press Inc., New York, USA.
- MARTA SOSA, Joaquín (1994). "Patios Cerrados, Puertas Abiertas. Cambios, Democracia y Partidos en Venezuela 1988 - 1993". Monte Ávila Editores Latinoamericana, Caracas, Venezuela.
- MICHELS, Robert (1996 [1911]). "Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna". Amorrortu Editores, Buenos Aires, Argentina.
- MISES, Ludwig (2007 [1927]). "Liberalismo". Unión Editorial, Madrid, España.
- MOLINA VEGA, José Enrique (2004), "Partidos y sistemas de partidos en la evolución política venezolana: la des-institucionalización y sus consecuencias", en José Enrique Molina Vega y Ángel Eduardo Álvarez Díaz (coordinadores), *Los partidos políticos venezolanos en el siglo XXI*, Vadell Hermanos Editores, Caracas, Venezuela.
- ORDOÑEZ SAMBRANO, Luis y Luis A. Ordoñez (2004). "Evolución y Cambio en los Partidos Políticos Venezolanos". Revista *Politeia* 32-33, 95-112.
- ORDOÑEZ, Luis (2007). "La organización partidista. Principios de organización, gestión y financiamiento en una organización política venezolana de corte progresista". Ildis, Caracas, Venezuela.
- PANEBIANCO, Angelo (1995). "Modelos de partido". Alianza Editorial, Madrid, España.
- PENFOLD BECERRA, Michael (2000). "El colapso del sistema de partidos en Venezuela: explicación de una muerte anunciada". Prepared for delivery at the 2000 meeting of the Latin American Studies Association.
- PEREIRA ALMAO, Valia (2004), "Movimiento V República: vocación de masas y atadura personalista", en José Enrique Molina Vega y Ángel Eduardo Álvarez Díaz (coordinadores), *Los partidos políticos venezolanos en el siglo xxi*, Vadell Hermanos Editores, Caracas, Venezuela.
- PÉREZ BARALT, Carmen (2004), "Primero Justicia: dificultades para la consolidación de un nuevo partido", En José Enrique Molina Vega y Ángel Eduardo Álvarez Díaz (coordinadores), *Los partidos políticos*

- venezolanos en el siglo XXI*, Vadell Hermanos Editores, Caracas, Venezuela.
- RAMOS JIMÉNEZ, Alfredo (2001). "Los partidos políticos latinoamericanos". Centro de Investigaciones de Política Comparada, Universidad de Los Andes, Mérida, Venezuela.
- RAMOS ROLLÓN, Marisa (2004), "Partidos y grupos políticos en Venezuela: dimensiones ideológicas y líneas de división política", en José Enrique Molina Vega y Ángel Eduardo Álvarez Díaz (coordinadores), *Los partidos políticos venezolanos en el siglo XXI*, Vadell Hermanos Editores, Caracas, Venezuela.
- REY, Juan Carlos (1991). "La democracia venezolana y la crisis del sistema populista de conciliación". Revista de Estudios Políticos (Nueva Época), Núm. 74, Madrid, España.
- REY, Juan Carlos (2009). "El sistema de partidos venezolano, 1830-1999". Temas de Formación Sociopolítica, No. 16-36, Fundación Centro Gumilla y Universidad Católica Andrés Bello, Caracas, Venezuela.
- REY, Juan Carlos (2010). "El sistema de partidos falló". Revista SIC, No. 722, Centro Gumilla, Caracas, Venezuela.
- SALAMANCA, Luis (2004), "La Causa Radical: auge y caída", en José Enrique Molina Vega y Ángel Eduardo Álvarez Díaz (coordinadores), *Los partidos políticos venezolanos en el siglo XXI*, Vadell Hermanos Editores, Caracas, Venezuela.
- SARTORI, Giovanni (2009). "Partidos y sistemas de partidos". Alianza Editorial, Madrid, España.
- STAMBOULI, Andrés (2002). "La política extraviada. Una historia de Medina a Chávez". Fondo para la Cultura Urbana, Caracas, Venezuela.
- TARRE BRICEÑO, Gustavo (1991), "Devolvamos el poder a la sociedad civil". En Comisión Presidencial para la Reforma del Estado, *Venezuela, democracia y futuro. Los partidos políticos en la década de los 90*. Copre, Caracas, Venezuela.
- URBANEJA, Diego Bautista (1991), "Los partidos políticos, el Estado y la sociedad civil". En Comisión Presidencial para la Reforma del Estado, *Venezuela, democracia y futuro. Los partidos políticos en la década de los 90*. COPRE, Caracas, Venezuela.
- VAIVADS, Henry (2004), "Acción democrática y su evolución histórica", en José Enrique Molina Vega y Ángel Eduardo Álvarez Díaz (coordinadores), *Los partidos políticos venezolanos en el siglo xxi*, Vadell Hermanos Editores, Caracas, Venezuela.

YÁBER, Guillermo y Luis Ordoñez (2008), "Gerencia de sistemas conductuales y diagnóstico de cambio organizacional en partidos políticos", Acta Colombiana de Psicología 11 (1): 145-153.